

—¿Cómo está Ud. de dinero?

Palpé el bolsillo, con un estremecimiento, y en voz baja, como si temiera ser oído por la policía,

—Hay lo necesario, contesté, pero es de aquél... de los anuncios...

Redondo se hechó á reír. Yo sentí mucho calor en la cara y después me reí también... Entramos en una fonda.

XXII

Al borde.

—Desconfío de Joaquín, me dijo Redondo, cuando nos dirigamos á casa de Barbadillo, después de dejar el carruaje apostado en la esquina de Corchero.

Una sospecha cruzó por mi mente. ¡Joaquín! Le había olvidado; pero en verdad era muchacho de mala índole, y el despecho podía arrastrarle á cualquier cosa.

La noche estaba serena; no obstante tenía yo frío, sobre todo, en las puntas de los dedos. Pero estaba yo resuelto y no cejaría, aunque la aventura estuviese erizada de dificultades. Eran las diez y Barbadillo podía dormir con toda tranquilidad, fiado en que la portera no abriría la puerta si la echaran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

abajo; muy ajeno de que las propinas extraordinarias habían ablandado el genio gruñón y áspero de la vieja.

A distancia todavía de la puerta de Barbillo, me detuve repentinamente sujetando por un brazo á mi compañero. A la escasa luz del farol que colgaba en el centro de la calle, había yo alcanzado á ver que estaban junto á la puerta dos mujeres. Redondo me instó á que avanzáramos; pero yo me resistí, presa de vago sobresalto, y obligué á mi compañero á que pasaráramos á la acera opuesta. Por allí seguimos adelante, escondiéndome yo detrás de Redondo, y procurando en vano reconocer á las dos mujeres, que también se recataban.

De la esquina regresó Pedro para ver de cerca á las desconocidas. Esperé yo diez minutos con impaciencia. Pedro volvió á paso lento, y casi se detuvo en la puerta de la casa de huéspedes. No pudo conocerlas; pero sin duda inspiró curiosidad ó desconfianza, porque al volver, una de ellas se descubrió un poco para verle bien. Al parecer era jóven y muy guapa; pero no

pudo Redondo darme señas de su semblante.

—Aventura tenemos, me dijo; váyase la una por la otra. Yo regreso.

Me opuse vivamente, insistió Redondo, y yo le dije terminantemente que no lo consentiría.

—Hombre, repuso; aquí hay algo. Ud. teme que esas....

—No temo nada, repliqué; pero para que estemos en paz, deje Ud. á esas señoras.

—¡Señoras!

—Vamos, le dije; vamos de aquí. Hoy ha fracasado el golpe. Volverémos mañana.

Temblaba yo al decir esto. Notó Redondo que me pasaba algo grave, y me siguió sin replicar. Después recordó que debíamos ir á la Plazuela del Arbol; pero no era aquello para hacerse en dos noches, exponiéndose á ser sorprendido; y aunque insistió repetidas veces, tuvo que ceder, porque yo era el depositario de los fondos, y él no podía siquiera pagar el coche. Refunfuando y gruñón, Pedro tuvo que seguirme hasta el primer hotel que quiso abrirnos sus puertas.

Echéme yo en una cama, lleno de cavilaciones, de desdecho y mal humor, y Redondo, desnudándose cuidadosamente, se metió en otra. Se incorporó después, apoyando el codo en la almohada y con voz que revelaba su enojo me dijo:

—Bueno ¿y quiénes son esas mugeres?

—No sé, respondí; pero Joaquín es capaz de todo.

—¡Joaquín! ¿Y qué tiene que ver...?

Apagué la vela y no contesté. Redondo refunfuñó otra vez; pero á poco rato dormía profundamente.

A otro día, después de dormir las horas de la madrugada mandé subir el desayuno y algunos periódicos del día anterior, porque era lunes y no los había de la mañana. Sólo pude tomar unos tragos de leche; porque tropecé en *El Cuarto Poder* con un párrafo alusivo á mi biografía, y después encontré en *El Lábaro* un artículo asqueroso consagrado á elogiar á Claveque y á llenarme á mí de insultos é injurias. ¡Cualquier miserable valía más que yo!

Revolvíame en el cuarto con furor de

loco. ¿Dónde podría encontrar á Claveque para romperle la crisma? Imposible. Debía de estar escondido en casa de Albar. Redondo trató de calmarme. Iríamos en la noche al asunto aquel, y una vez arreglado, y pasados unos días, durante los cuales Claveque entraría en confianza, él se comprometía á llevarle á lugar conveniente para que yo le hiciera pedazos hueso por hueso: ¡Pero dejar á Jacinta!... Y hablamos de ella media hora, que fué lo bastante para dar otro rumbo á mis pensamientos.

Redondo fué á la casa de huéspedes para explicar á Jacinta que una enfermedad, una fuerte jaqueca, me había impedido ir á buscarla. La prevendría para esa noche, y cuidaría de no decir á nadie dónde quedaba yo encerrado.

A las tres de la tarde, mi amigo y yo comimos en el cuarto mismo; porque yo estaba seguro de que me buscaban en la calle, personas de quienes me importaba huir. Redondo pidió vino y me cargo la mano, con segunda intención; y yo bebía como para saciar una sed extraña que necesitaba vino.

—El tío Mateo, me dijo Pedro, sigue de malas.

—¿Sí? Me alegro.

—Se le muere la querida.

—¿Tiene?

—Tiene una por ahí. Por cierto que es guapa.

Después de la comida, Redondo hizo subir un frasco de algún licor muy dulce y muy fuerte, y entre sorbo y sorbo concertamos por centésima vez todo el proyecto de campaña. Jacinta estaba resuelta y lista para las nueve (pues yo había adelantado la hora), y la *Chalupa grande* también; y ¡qué diantre! detrás de la grande iría después la menor.

Cuando cerró la noche, entorpecido el cerebro y dispuesto el valor para la más temeraria empresa, por efecto del condenado licor, que me causaba ya un asco invencible, salimos á la calle. ¡Entonces sí que no hacía frío! Si las mugeres de la noche anterior estaban en la puerta otra vez, las apartaríamos; y si trataban de impedir que yo entrara..... ¿Con qué derecho lo harían?

¿Qué les importaba á ellas mi conducta? ¿Me daba ella la felicidad? ¿No había yo hecho en su favor hasta sacrificios? Nada, nada; no tenía que meterse conmigo; ya se lo había yo dicho cien veces.

No se aclaró mi razón en dos horas, y todavía con la cabeza ardiente y atrevida la voluntad, llegaba yo á las nueve á la casa de Jacinta, acompañado siempre de Redondo; me detuve, como otras veces en la escalera, y esperé con impaciencia, mientras Redondo entró á buscar á la Barbadillo.

No temblaba yo. El licor obraba su efecto, comunicando á mi corazón el brío que á mi cabeza quitaba. La casa estaba silenciosa, los vecinos del piso bajo habían entornado sus puertas, y fuera de la luz que alumbraba débilmente la escalera, no había otra que enviara un poco de claridad al patio. Bajé hasta el descanso y maté la lámpara, para quedar completamente á oscuras; y cuando hube vuelto á mi sitio, tuve que apoyarme en el pasamano, porque la oscuridad me

mareaba más, y sentí que todo daba vueltas á mi derredor.

Pasaban los minutos uno tras otro y la espera me parecía demasiado larga. Al fin oí que sonaban en el corredor pisadas cautelosas, y sin poder dominar mi impaciencia, subí el último escalón y avancé. La puerta se abrió suavemente y Jacinta, en medio de la oscuridad tropezó conmigo, hizo instintivamente un movimiento para retroceder, empujó á Redondo que la seguía, y este dió contra la hoja cerrada de la puerta, produciendo un ruido vibrante, que se dilató en el interior de la casa silenciosa. Los tres quedamos un momento inmóviles; pero luego volvió Jacinta á avanzar, y yo la apreté entre mis brazos. Su respiración estaba agitada. Yo habría querido tomarla en brazos, para dar á la aventura algo del romanticismo que había leído en las novelas; pero ella comenzó á bajar, y yo tuve que seguirla.

Redondo había conseguido, mediante doble propina, que la portera le confiara la llave, de modo que no tuvimos testigo nin-

guno. Al ver la puerta abierta, la calle á un paso, Jacinta se detuvo, y como cediendo á postrera vacilación, volvió los ojos al patio desierto, atravesado por angosta faja de luz, que salía de una puerta entornada. Rodeé su cintura con mi brazo, y con poco esfuerzo la hice salir conmigo; y mientras Redondo echaba la llave, y la devolvía después por debajo de la puerta, según convenio con la portera, Jacinta y yo comenzamos á andar hacia Corchero.

Llegábamos ya á la esquina, cuando tropezamos con las dos desconocidas de la noche anterior. De pronto miedo y luego súbita ira me conmovieron. La vista se me nubló y apresuré el paso.

—¡Juan! gritó la voz de Felicia.

Quise sin contestar; llegar al carruaje que aguardaba en la esquina pero Felicia corrió, y agarrándome por un brazo gritó con desesperado acento:

—¡Juan, por el amor de Dios!

—¿Quién es esa? Preguntó irritada Jacinta.

—¡Quítate! dije yo ahogándome de colera.

Y sacudiendo con fuerza el brazo, hice caer de rodillas á la joven, que lanzó un grito de dolor. La otra mujer acudió á levantarla, mientras Redondo abría la portezuela. Echóse por ella Jacinta y ya iba yo á seguirla, cuando Felicia, de nuevo agarrada á mí brazo,

—¡Juan! me gritó. ¡No seas miserable! ¡Se muere Remedios! ¡Ven á verla por última vez!

 XXIII

Se muere!...

Entré en la casa de D. Mateo como pudiera en la mía; y á la verdad, de lo que menos me acordé fué de que existiera Don Mateo en el mundo. Felicia, sofocada, tuvo que agarrarse á mí brazo para no quedarse atrás, y ni ella ni yo tuvimos tiempo de reparar en que Doña Luisa, no pudiendo seguirnos de cerca, se quedaba sola en las calles solitarias y casi oscuras. En cuanto lo consentía su agitada respiración, Felicia fué dándome algunos pormenores, mientras corríamos hácia la calle de Tacuba. Remedios había amanecido enferma el viernes, hacía cuatro días; pero ella no lo supo hasta el sábado, y cuando fué á verla la encon-

tró ardiendo en calentura, y con agudo dolor en el costado derecho.

Por eso insistía ella más en que yo fuera á verla: para decírmelo. El domingo estuvo peor: seguía la calentura muy fuerte, escupía sangre, y el médico meneaba la cabeza de un lado á otro. El lunes iba aquello peor todavía; Remedios deliraba casi constantemente, y para colmo de males Don Mateo estaba como loco de desesperación; porque el médico dijo por la tarde, que la enfermedad era muy grave.

—Anoche vine á buscarte... dijo á Felicia. Sabía yo que ibas á hacer esto, porque la Providencia quiso que un enemigo tuyo, creyera que te perjudicaba con contármelo. Pensó que era yo tu novia.

Nadie nos detuvo. El portero tiró del cordon de la campanilla; pero arriba nadie cuidaba de ver quiénes subían.

Felicia no pudo seguirme, y guiado yo por el instinto ó no sé porqué, entré, sin detenerme una sola vez, hasta la alcoba de la enferma.

Pepa, que estaba de rodillas junto al le-

cho, acudió con presteza á cubrir los hombros desnudos de la joven, que rechazaba con violento ademán las ropas.

Sentada en el lecho, con el cabello en desorden, los ojos brillantes, la boca entreabierta, y desnudos los brazos que la fiebre no había enflaquecido aún, la joven me miró de hito en hito; mientras yo, aterrado al verla, no sé si con remordimiento ó aficción, con vergüenza ó angustia, ó todo ello juntamente; me detuve casi en el dintel, sin poder apartar de ella los ojos. Tenía rojas las mejillas, se movía con inquietud nerviosa, y el alto pecho se agitaba á impulsos de la frecuente y fatigosa respiración.

—¡Todos son asesinos!... Me dijo, con voz breve y ahogada. ¡Todos!... Ud. también.

Felicia entró, y llegó hasta el lecho, procurando cubrirla con su cuerpo, mientras le echaba una sábana sobre los hombros.

—¡Quitátel dijo Remedios, inclinando la cabeza para verme. ¿No ves que está ahí?

—¿Lo conoces? preguntó Felicia.

—Sí... es de los mismos... es de los que matan... ¿Me matará á mí?...

Y llena de terror, se envolvió con las ropas de la cama. Felicia trató de calmarla con palabras cariñosas; pero ella exhaló un gemido, y envolviéndose más, agarró á su amiga por un brazo, como queriendo ocultarse detras de la joven y le dijo con voz angustiada:

—¡Cúideme vd!... Vd. que es mi madre!

¡Quizá pensaba ver á la mía!

Un hombre en quien yo no había reparado, se acercó á mí con mucha urbanidad, y me indicó que, para no excitar más á la enferma, debía yo pasar á la sala. Comprendí que era el médico; pero no hice caso de su indicación, que casi no entendí, hasta que Felicia, tomándome de la mano, me condujo á un sofá de la pieza inmensa. Era yo en aquel punto un idiota; no sentía yo nada, nada entendía bien. Felicia permaneció á mi lado un momento; lloraba, y entre sollozos me dijo algunas palabras que quedaron sonando en mis oídos, pero que no lle-

garon adentro. «Providencia, esperanza, médico, grandeza de Dios.» Después volvió á la alcoba; de la cual salía el rumor entrecortado de las palabras de Remedios, que seguía hablando y hablando sin cesar.

Al cabo de algunos minutos, puse la cara entre las manos, y lloré como niño huérfano, sobre el cadáver de la madre. Los rumores de la alcoba, sonaban para mí como música dulce que no ha de volverse á oír jamás.

En aquel sitio permanecí mucho tiempo. Doña Luisa, Felicia y Pepa, salían con frecuencia del cuarto de la enferma, dirigiéndose al corredor, con el paso ligero y cuidadoso que en esos casos se acostumbra, ya para dar una orden al mozo, ya para preparar en la cocina el alimento de Remedios. El médico se retiró á las once, después de dejar sus instrucciones á Felicia, y repetírselas minuciosamente mientras atravesaba la sala, con paso lento.

—Muy grave, le oí decir. Si hay novedad ya sabe Ud. que aquí cerca, en Manrique...

El aspecto de la casa, por más que ésta

tuviera grandes espejos y finas colgaduras, se asemejaba mucho al de aquella humilde del Padre Marojo en que murió mi madre. Yo las veía iguales enteramente. La aflicción presente y el dolor del recuerdo, armaron su crudeza y cayeron sobre mi corazón, haciéndole pedazos. Había entre los dos casos un punto de semejanza completa: que yo tenía la culpa! Sí, yo había causado la muerte de mi madre, y causaba también la de Remedios!

Las mujeres iban y venían como sombras, sin ruido, y como deslizándose sobre la alfombra. La enferma callaba á ratos, y entonces llegaba á mis oídos el cuchicheo de las asistentes, en el cual encontraba yo no sé qué de afligido y alarmado. Alguna vez me acerqué á la puerta en un intervalo de silencio, que me parecía el de la muerte: pero Felicia me detuvo y me volvió á mi sitio.

—No entres, me dijo; parece, que se duerme por ratitos: no se vaya á asustar otra vez.

Los cuchicheos continuaron y oí, al pa-

sar ellas por la sala, que doña Luisa dijo á Pepa:

—¡Este santo señor que no regresa todavía!

Se hablaba sin duda de D. Mateo; y lejos de asustarme su recuerdo, le increpé en mi mente su tardanza. ¿A donde había ido?... ¿Porqué no estaba allí, al lado de su sobrina que se moría?

Felicia se acercó á mí y me dijo:

—Este D. Mateo no viene y ahí tengo la receta del médico. ¿Tienes dinero?

Llevé la mano al bolsillo rápidamente: pero al tocar el dinero de *los anuncios*, la retiré en un instante de vacilación que fué también de tortura. Felicia me miró con cierto asombro, y preguntó:

—¿No tienes?

—Sí, contesté lleno de confusión.

Y venciendo por la necesidad la repugnancia, puse algunas monedas en la mano de la joven.

Cuando se retiró, sofocado por la vergüenza, que venía á acabar de volverme loco, iba yo á levantarme; porque sentía yo necesidad

de movimiento y de aire; pero lo impidió una señora obesa y de unos cincuenta años, á quien no había visto, que salió del cuarto de la enferma y fué á sentarse cerca de mí.

—¡Pobre Remedios! me dijo. Usted será el Juan de quien habla tanto en el delirio ¿no? Me lo figuré desde que lo ví entrar, porque tiene Ud. ese aire de provincia que no se les quita á Uds. nunca, por más que vivan veinte años en la capital. Y peor si hubiera Ud. hablado, porque de seguro tiene el dejo de su tierra. Ella no lo conoció. Está muy afligida, porque dice que lo mataron á Ud. y lo tiraron en la acequia. ¡Pobre muchachal!

Me iban entrando ganas de contestarle una grosería, pero sus últimas palabras llegaron á lo más vivo de mi corazón.

—Ya se los dije, continuó la señora; si Uds. no llaman al Dr. Galera, esa muchacha se les muere á los siete días. Es gana meterse con estos médicos que no salen de su rutina. No hay como los homeópatas, señor don Juan; no hay como los homeópatas. Martínez (mi esposo, el didutado Martínez á

quien Ud. conocerá), se cansó de repasar médicos notables; y nada; la gastralgia en su punto. Vió á este, y al otro, y al de más allá; y la gastralgia en su punto. Hasta que quiso Dios que me fuera á visitar Chonita, la mujer de Gutiérrez, y me dió el consejo: «Vea Ud. á Galera, Chiquis, no sé el número; pero ahí está la tabla; facultad de Cincinnati». En el acto mandé llamar á Galera; y esto es un hecho, señor don Juan: como con la mano: á los tres días, Martínez fué á la Cámara, bueno y sano enteramente, como Ud. y yo. Si es á mí.....

Un acceso de tos que sobrevino á la enferma, obligó á la señora á levantarse y acudir á la alcoba. El acceso fué largo y penoso; yo me llegué á la puerta, apretándome el corazón como para calmar un dolor intenso; y asomándome, ví á Remedios otra vez sentada, que llevándose las manos á la sien derecha decía, con voz breve y metálica.

—Aquí... aquí...

Felicia le tomó la cabeza entre los brazos para apretarla, y la señora de Martínez volvió á la sala.

—Le digo á Ud. que si no llaman á Galera, no dura dos días, me dijo con acento de profundo convicción.

—¿Pues porqué no le llaman? pregunté angustiado.

—¡Cosas del General! Por que este señor Méndez Paez estudió en París, se le figura que no hay cosa mejor. Que no les tiene fe á las pildoritas homeopáticas, y que él no entiende de Cincinnati, ni sabe por donde queda. ¿Qué sabe él lo que son las pildoritas? Y yo no sé, pero el caso es que lo he visto, no una, sino muchas veces.

La pobre enferma dió un grito y comenzó á hablar otra vez.

—¿Ya lo vé Ud.? dijo la señora. Ahí están con la cucharada cada hora, dizque para quitar el delirio; pues ahí está el delirio en su punto. Ya ví las recetas: lo mismo que á mi sobrina Petra: tártaro estibiado, digital, kermes, y no sé qué cosa de antimonio. Lo mismo que aquella pobre tomó para que la mataran; porque de que la mataron no me cabe duda. Y á más no le conocieron la enfermedad. La sangraron, lo mismo que á Reme-

dios, dizque para quitarle la sofocación; pues ahí está todavía sofocada, como que tiene calentura. La calentura le habían de quitar; y yo le aseguro á Vd. que lo que es Galera, se la quita como con la mano.

Nuevo acceso de tos interrumpió la charla de la de Martínez, que corrió á la alcoba á estorbar, porque no hacía otra cosa. Apenas tenía tiempo la enferma para aspirar aire, alzando la cara con gesto de angustia, cuando la tos volvía á acometerle, ahogándola. Doña Luisa cuidaba de contener el esfuerzo de la enferma, que trataba de ponerse en pié; Pepa atendía á cubrirla con la ropa, y Felicia, quizá, contra los preceptos del médico, le daba aire suavemente con un abanico. Pero la tos seguía, la desesperación se pintaba en el semblante de Remedios; las tres asistentes, con la aficción más viva, descuidaban ya sus oficios, y yo que asomaba la cabeza por la puerta, entré, llegué hasta la cama, y tomando la mano de Felicia la agité con fuerza, como si quisiera producir con el abanico el soplo de un huracán.

Casi al mismo tiempo sonó á mi espalda la gruesa voz de Don Mateo.

—¡Se muerel gritó casi llorando!

Se acercó á la enferma y le tomó una mano.

—¡Hijital ¡Hijita mial dijo lleno de angustia.

Pero en seguida recorrió el cuarto con mirada de tigre hambriento, y exclamó al fin:

—¿Y ese médico del canasto, dónde está?

—Se fué hace media hora, contestó la Martínez.

—¡Se fué! ¡Deje Ud. de soplar, me gritó á mi en seguida; y vaya por ese médico! ¡Corra Ud, corra, con mil canastos!

Salí precipitadamente, y todavía cuando el portero, al abrirme la puerta, me decía el número de la casa del Doctor Méndez Páez, oí que Don Mateo gritaba con desesperación.

—¡Se muerel ¡se muerel...

XXIV.

“Sal, alma...”

El Doctor Méndez era un buen sujeto, y además llevaba buena amistad con Don Mateo; sin embargo, no dejó de disgustarse cuando vió al llegar á la casa del General, que la alarma no tenía mayor fundamento, y que la enferma dormía, aunque con sueño soporoso é intranquilo; y por no dejar de prescribir algo, mandó que Don Mateo se encerrase en su cuarto y no volviese á parecer por el de la enfesma.

Obedeció el General; pero desde la sala sentía yo temblar el piso, que se estremecía con los pesados pasos del grueso cacique, el cual iba sin reposo de un rincón